



te y vigoroso, llegó á ser el mejor predicador de la Polonia. Otro de ellos, el sabio dominico Fabian Birkowski, sucesor de Skarga como predicador en Cracovia, ha dejado un gran número de sermones para los domingos y demas fiestas, que se citan todavía como modelos de oratoria (m. 1636). Finalmente, el tercero, Martin Bialobrzski, abad del convento de Mogilno y obispo sufragáneo de Cracovia, se hizo por sus homilias, imitando á San Juan Crisóstomo, el orador popular de la Polonia, y por medio de un gran catecismo, escrito con suma habilidad, supo animar al clero á la tan fructuosa enseñanza de la juventud (m. 1585).

Los protestantes, que fueron, sin embargo, acogidos en Polonia con singular generosidad, y que excitados por sus teólogos y por príncipes extranjeros, se condujeron frecuentemente con la altanería de un partido victorioso, han pintado con los más negros caracteres y como crueldades inauditas las medidas severas que decretó Segismundo II, y el proceder algunas veces duro de los jesuitas. La division entre los católicos terminó por ser completa. Wladislao IV (1632-48), uno de los mejores príncipes de su siglo, se lamentaba de ella con el dolor de un padre contristado por la desunion de su familia. En vano excitó á los polacos á la union en la conferencia religiosa de Thorn (1644); su voz fué desoída sin que le fuera posible apartar de la Polonia los males que presentia.

La Livonia se habia separado del orden teutónico bajo el gran maestre Walter de Plessemberg (1521). Walter, para sustraerse igualmente á la autoridad del arzobispo de Riga, que sostenia los derechos de su ministerio, así como la misma fe, abrazó el protestantismo como el medio mas á propósito para someter al arzobispo y á su clero. De este modo nacieron los comunes protestantes de Riga (1523), Dorpat y Reval, que se unieron á la liga de Smalkalda. Toda la Livonia cayó, por fin, en poder del protestantismo, cuando Guillermo, margrave de Brandeburgo y hermano del duque de Prusia, llegó á ser arzobispo de Riga.

El gran maestre del orden teutónico, Gotardo Kessler, fué el que introdujo el protestantismo en Curlandia, declarándose por su

duque y por el de Semigalla (1561), y quitando á la Polonia la parte de la Livonia que está de la parte acá del Duna, con condicion de que no se pondrian trabas á la libre confesion de Augsburgo. La trasformacion se verificó tanto mas fácilmente, cuando el indigno obispo de Curlandia habia vendido su obispado al rey de Dinamarca por 30.000 escudos, retirándose á Alemania, donde abrazó el protestantismo y contrajo matrimonio.

El protestantismo llegó á Hungría por los estudiantes de Wittenberg. La dieta de Pesth (1525) dió, á petición del clero católico, leyes severas contra los luteranos; pero en medio de la decadencia de las instituciones de la Iglesia faltaban al clero la consideracion y autoridad necesarias para defender victoriosamente el catolicismo. Por otra parte, las leyes de la Dieta no pudieron ser ejecutadas á consecuencia de la muerte del rey, ocurrida en Mohacz (1526), de resultas de la aproximacion de los turcos y de las discordias civiles. Las diferencias suscitadas entre los reyes Fernando de Austria y Juan de Zapalya permitieron á los nobles que se apoderasen de los bienes de los obispados vacantes; bienes que conservaron pasándose al protestantismo, cuyo agente mas activo era Matías Devay. Convertido éste de luterano en zuingliano en 1543, tuvo en 1545 una especie de sínodo de veintinueve predicantes en Erdœd en el condado de Szatmar. En el sínodo de Eperies, en la alta Hungría se declararon por la libre confesion de Augsburgo las cinco ciudades reales libres de Leutschau, Seben, Bartfa, Eperies y Kaschau. En vano la dieta de Presburgo (1548) dió en nombre del rey y de los Estados un edicto contra la herejía y en apoyo del mantenimiento de la verdadera fe: el protestantismo, protegido por el nuevo palatino Tomás Radasty (dep. 1544), continuaba haciendo progresos, que fomentaron, sin embargo, las discusiones suscitadas tanto allí como en otras partes entre sus mismos sectarios. Unos pasaron de la confesion de Augsburgo á las doctrinas de Zuinglio, y otros abrazaron las de Calvino. El sínodo de Tarczal (1563) admitió el símbolo de Beza, mandando se enseñase al pueblo la doctrina de Calvino sobre la gracia.



Muy pronto predominó el calvinismo en Hungría, declarando sus partidarios en el sínodo de Czenger, que los luteranos eran hombres carnales y estúpidos, mientras que éstos por su parte declaraban en el de Bartfa (1594), que toda discusion teológica hallaba su solucion en los escritos de Lutero. Los defensores de la fe católica que se distinguieron por su vigorosa resistencia fueron el virtuoso Nicolás Olahi, arzobispo de Gran, y los jesuitas, establecidos desde 1561 en el colegio de Tyrnau. En el concilio celebrado en esta ciudad en 10 de Abril de 1560, se decretó la restitucion de todos los bienes eclesiásticos que habian caido en manos de los legos. Desgraciadamente los activos trabajos de los jesuitas fueron interrumpidos por el incendio de su colegio, que les hizo abandonar en 1567 la Hungría, adonde no volvieron hasta 1586.

Las nuevas doctrinas fueron importadas á Transilvania por unos mercaderes de Hermans-tato, que habian estado en Leipzig (1521), y anunciadas públicamente por dos predicantes luteranos de Silesia. Inmediatamente se dieron las órdenes más severas contra los sectarios, para que se los exterminára á hierro y fuego.

No se hizo nada de esto, y muy pronto se estableció en Hermanstato una escuela luterana (1524), mientras que los nobles se apoderaban de los bienes del clero. Habiendo adquirido los protestantes mayor osadía despues de la desgraciada batalla de Mohacz, la ciudad de Hermanstato lanzó de su seno á religiosos y papistas (1529). Juan Honter predicaba con éxito en Cronstadt, extendiendo por todas partes las obras de Lutero. Muy pronto fué abolida la misa en una parte de la Transilvania; se administró la comunión bajo las dos especies (1542), y el sínodo de Medwisch vió pasar en masa á la confesion de Augsburgo la nacion sajona, convertida por el rey Geysa á la fe católica en el siglo XII. Los madgyares se habian pronunciado por la iglesia reformada, mientras que los valacos permanecieron adheridos al culto griego. En 1556, durante la vacante del trono de Hungría, concedió la dieta provincial de Clausenburgo plena libertad religiosa. El desorden llegó á su colmo. Los luteranos quisie-

ron rechazar á los Reformados, y los Unitarios vinieron á aumentar el trastorno, obteniendo á su vez (1571) de la dieta provincial de Maros-Vasarhely la igualdad de derechos concedida á los otros bandos.

La primera traduccion completa de la Biblia, segun la Vulgata y Lutero, apareció en 1562, merced al predicante luterano de Clausenburgo, Gaspar Heltai. En 1589 se publicó otra traduccion segun el texto original, cuyo autor fué Gaspar Karoly de Göenz, y mejorada más adelante por el predicante reformado Abraham Molnar.

La célebre union de Calmar (1397) habia sometido los reinos de Suecia, Noruega y Dinamarca, tanto tiempo divididos entre sí, á la dominacion de los reyes de Dinamarca, que debian ser elegidos por los tres Estados á la vez. Léjos de conseguir la Union su objeto, y de unir los intereses de estos pueblos, mantuvo su envidia, alimentando y haciendo estallar el antiguo odio nacional. De aquí se siguieron luchas sangrientas que, debilitando la autoridad y la consideracion del trono, aumentaron el influjo y las riquezas de la nobleza y del clero. Sin embargo, la dominacion de éste era dulce y benéfica, y la religion florecia así entre el pueblo como entre los nobles y los eclesiásticos. La Suecia estaba sinceramente adherida al jefe supremo de la Iglesia. Las solemnidades religiosas eran fiestas nacionales, como lo fueron las que los suecos celebraron en Abo (1513) y en Linköping (1520) cuando se publicó la canonizacion de sus compatriotas Hemming y Nicolás.

Políticamente eran ménos felices estos pueblos. La Suecia, administrada por el grande y osado Stenon Stura, el jóven, trató de sacudir el yugo opresor de la Dinamarca; pero Stura, que estaba ya en lucha con el pérfido arzobispo de Upsal, Trolla, fué batido por Cristian II, rey de Dinamarca (1519), el cual, despues de haber sido coronado por Trolla decretó la horrible matanza de Stokholmo (8-10 de Noviembre de 1520), nombrando al arzobispo Trolla regente de Suecia. Entre las victimas de aquellas fatales jornadas se hallaba el padre del intrépido Gustavo Erichsen, de la casa de Wasa,



que siendo joven había sido dado en rehenes á Cristian. Habiendo conseguido Gustavo escaparse de Dinamarca, fué recibido en Lubeck, encontró allí apoyo, pasó á Suecia, inspiró á sus vasallos el deseo de libertar á su patria, y batió á su cabeza á los dinamarqueses, siendo nombrado en medio del entusiasmo general, primero, administrador del Estado y generalísimo (1521), y dos años despues, rey de Suecia, por la dieta de Strengnæs (1523).

Gustavo, para evitar á su patria las agitaciones y desgracias de las monarquías electivas, quiso hacer de la Suecia una monarquía hereditaria. La doctrina luterana que había aprendido en Lubeck debía facilitarle los medios para conseguirlo. Púsose, pues, en hostilidad abierta con el episcopado y la antigua nobleza, creando una nueva iglesia y una nobleza nueva. Decía que no se haría coronar «hasta haber destruido el episcopado católico y la antigua Iglesia.» Los hermanos Olaf y Lorenzo Peterson, formados ambos en Witenberg, y vueltos á Suecia en 1519, fueron sus más activos cooperadores. El primero se hizo predicante principal en Stokolmo, y el segundo catedrático en Upsal. Lorenzo Anderson, arcediano de Stregnæs, que participaba de sus intenciones, y los tomó bajo su proteccion, fué nombrado canceller de Gustavo Wasa. La resistencia del pueblo y el clero fué vencida por la violencia; y los obispos fieles á sus deberes fueron depuestos, y expulsados los dominicos.

Gustavo, sin embargo, cubriendo su conducta con un velo hipócrita á los ojos del legado del papa, Juan Magno Gotho, continuó fingiendo un sincero afecto á la Iglesia en varias cartas dirigidas al papa Adriano VI. Semejante doblez no podía permanecer oculta largo tiempo. Juan Braska, obispo de Linköping, y Pedro Jacobson, obispo de Westeraes, en otro tiempo canceller de Stenon Stura, advirtieron clara y valientemente al pueblo el peligro en que se hallaba la religion de sus padres. Inmediatamente Gustavo declaró réo de alta traición á Jacobson, despojándolo de su dignidad y sus rentas; así como el preboste de la catedral, Knut, que había pedido gracia para el obispo. A pesar de esto, Gustavo se atrevió á escribir al

papa: «Para extirpar lo más pronto posible la doctrina de los hussitas, que con detrimento de la paz pública extiende nuevamente »fraile agustino llamado Lutero, prohibimos á todos y á cada uno de nuestros súbditos, so »pena de perdimiento de sus bienes, y aun de »su vida, que extienda la doctrina de Lutero, »que introduzcan sus escritos en nuestros Estados, los compren, los vendan, ó se sirvan »de ellos.»

Y en realidad el rey no favorecía más que á Olaf Peterson y á los amigos de este predicante, que no cesaba de atacar desde el púlpito á los partidarios de la antigua doctrina. El pueblo de Stöckolmo, indignado, lo echó á pedradas de la iglesia y de la ciudad. No desistió el rey por esto de las medidas violentas con que marchaba á su fin. Organizó en Upsal una discusión regular entre Olaf Peterson y Pedro Galla, en la que se sostuvieron casi las mismas proposiciones que en Leipzig. Olaf, que ignoraba como Lutero la historia de la Iglesia, interpretaba la Escritura de una manera enteramente arbitraria, haciendo objeto de sus injurias y blasfemias lo que no conseguía destruir de este modo. Gustavo, apoyándose en la doctrina expuesta por Lutero en su tratado *del despojo de los bienes eclesiásticos*, puso manos á la obra, encargando á los profesores de la universidad de Upsal, que se habían hecho ya todos luteranos, que justificasen su empresa. El pueblo, más amante de la justicia, acudió armado á Upsal á defender al arzobispo, que protestaba contra las violencias de los comisarios reales. El rey llamó á la córte al arzobispo, y le hizo expiar cruelmente el afecto del pueblo. Mientras el bajo clero, seducido por el brillo de las prometidas libertades, permanecía en silencio, las vírgenes del convento de Wadstena resistieron heroicamente las violencias y ultrajes de que fueron objeto. En vano Clemente VII hizo en su bula de dolor, fueron condenados á muerte Jacobo Knut, obispo electo de Upsal, y Pedro Jacobson, obispo de Westeraes; á pretexto de que eran los motores de las disposiciones hostiles que habían manifestado contra el rey los habitantes de los valles. Sobre la cabeza de Jacobson se puso una corona de paja, y



sobre la de Knut una mitra de corcho; se les sentó de espaldas en un caballo ético, se les paseó con este ignominioso aparato por la ciudad, y despues de su ejecucion se ataron sus cadáveres á una rueda y se entregaron á las aves de rapiña (Febrero de 1527). En la Dieta de Westeraes (1527), donde los dos partidos religiosos disputaban con gran calor, declaró Gustavo, siempre con la misma hipocresía, que no le era posible reinar en medio de aquellas circunstancias, y que iba por consiguiente á abdicar. El temor de la anarquía en que esta abdicacion iba á sumir á la Suecia hizo que se le concediese la posesion de los obispados, conventos y cabildos catedrales.

Autorizados los nobles para reclamar los bienes que sus antecesores concedieron en otro tiempo al clero desde 1453, debían poner á la Iglesia en el más duro trance. Los prelados, en efecto, fueron humillados y oprimidos de tal manera, que á pesar de las advertencias del elocuente y digno obispo de Linköping, Braské, se vieron obligados á firmar con sus propias manos que sus predecesores habían abusado de su alta dignidad, de su poder y de sus riquezas, y excitado al pueblo contra el Estado y contra el rey. Entónces soltó Gustavo la palabra, y dijo que era preciso volver á la pura palabra de Dios, tal como la anunciaban los nuevos doctores. Inmediatamente empezó la reforma de las iglesias por una liturgia en lengua nacional y por la abolicion del celibato. Plaf Paterson prescribía, que para contemporar con los sencillos, se debía tomar la hostia y el cáliz en las manos, pronunciando las palabras de la consagracion, y ocultarlos inmediatamente, para que no pudiera verse en ello una reproduccion de los usos papistas. Establecidos estos preliminares, se completó la reforma en la asamblea de Oerebro (1529). Lorenzo Peterson obtuvo la silla arzobispal de Upsal (1531), y segun la costumbre, casó con una mujer de alto rango.

Mas no tardaron mucho tiempo Peterson y los nuevos ministros en experimentar los efectos del despotismo de Gustavo, que declaró abiertamente que los sacerdotes no debían ser señores, y que sabría impedir que llegasen á

empuñar la espada. Los corifeos de la reforma, Olaf Peterson y Lorenzo Anderson, atacaron á su vez al rey en sus predicaciones, llegando hasta formar una conspiracion contra su vida; pero fueron descubiertos y condenados á muerte por los estados de Oerebro (1540), sin que que consiguieran librarse sino á fuerza de dinero. Sólo Anderson perdió su dignidad, y murió abandonado y despreciado en Strengnæs (1552), en el mismo lugar en que había levantado el estandarte de la rebelion contra la Iglesia católica. Por fin, la Dieta de Westeraes de 1544, consumó la destruccion de la Iglesia, y concedió á Gustavo la herencia del trono para su descendencia masculina.

En Suecia, como en las demas partes, con la doctrina se habían alterado las costumbres. Gustavo creyó reconocer un castigo del cielo en una espantosa tempestad que descargó sobre la Suecia, decretando en su calidad de jefe supremo de la Iglesia un ayuno de ocho dias (8 de Junio de 1544). El arzobispo de Upsal renovó la misma orden en 1548, diciendo entre otras cosas: «Hay muchas personas que con el »pretexto de libertad evangélica se permiten »pecar, como si este fuese el fin del Evangelio »que anunciamos; como si la libertad cristiana »consistiera en autorizar al pecador para hacer todo lo que le parezca. Comprendemos »que hemos merecido las calamidades que nos »afigen, abusando de la misericordia divina »que nos llama á la penitencia.»

Tales fueron las justas quejas que al morir Gustavo (30 de Setiembre de 1560), resonaron en sus oídos como fruto de sus esfuerzos para establecer la iglesia luterana.

Bajo su hijo primogénito Erico XIV, permaneció la Iglesia católica en el mismo estado; pero en el seno mismo de la reforma estalló una viva lucha entre los calvinistas, sostenidos por un francés llamado Dionisio Beurrieus, amigo de Calvino y de Beza, que había tomado ascendiente sobre el ánimo del rey, y los luteranos, dirigidos por Juan Oseg, obispo de Westeraes. La tentativa de los calvinistas abortó, produciendo el destronamiento (14 de Setiembre de 1568), la cautividad y la muerte ignominiosa de Erico (25 de Febrero de 1571).



Juan III, su hermano y sucesor (1568-92), disgustado de la polémica de los protestantes, se puso á estudiar los padres de la Iglesia. Con esta lectura nació en él el deseo de volver al catolicismo, siendo confirmado en su proyecto por su mujer Catalina, princesa polaca, y por el jesuita Herbst, confesor de la misma reina. Juan empezó á trabajar desde entónces con noble confianza y prudente circunspeccion en la obra de su reconciliacion con la Iglesia y de la restauracion de la fe católica en su reino. Dió las primeras señales públicas en los trece artículos que publicó para restablecer la moralidad de su clero, y otras pruebas más claras en las adiciones al Ritual que hizo publicar (1571) por el antiguo arzobispo Lorenzo Anderson, y en las cuales decia entre otras cosas: «San Anschario y los demas Santos de Suecia han anunciado la verdadera fe de Cristo: las obras de los santos Padres son necesarias para la inteligencia de la Escritura.»

El jesuita Herbst, por su parte, para hacer conocer la doctrina de la Iglesia, desfigurada por los libros de los herejes, distribuyó con profusion el catecismo de Pedro Canisio. Persuadido el rey de que el restablecimiento de la fe se hallaba interesado en ello, creyó necesario que la reina recibiese la comunión bajo las dos especies; pero el cardenal Hosio le apartó de semejante idea con una sentida y persuasiva súplica. A la muerte del más antiguo y principal propagador del protestantismo, el arzobispo de Upsal, y de los obispos de Linköping y de Westeraes, trató el rey de poner en las sillas vacantes hombres que participasen de sus sentimientos. Animado por el hábil jesuita Warszwicki, tomó aún medidas más decisivas (1574), y convocó un concilio que él mismo abrió, haciendo una triste pintura de las divisiones de la iglesia protestante. Las disposiciones favorables del clero le permitieron colocar en la silla arzobispal de Upsal á Lorenzo Peterson Gotho, y en las de Linköping y Westeraes á Martin y Erasmo. El primero se obligó á firmar diez y siete artículos enteramente católicos, fué consagrado segun el rito romano, y celebró con el rey un convenio, al que debia irse atrayendo despues poco á poco todos los demas

obispos. Muy pronto publicó el rey una liturgia (1576), redactada probablemente por su canciller Pedro Fecht, y precedida de un notable prefacio del arzobispo, en que se exponian los defectos del culto protestante y las ventajas de la nueva forma. Fué adoptada casi generalmente; pero el duque Cárlos de Sudermania, que esperaba del protestantismo, como su padre, toda clase de ventajas, se opuso á ella, so pretexto de «que no le era permitido introducir novedades en la religion que le habia legado su padre, y que no estaba en su facultad violentar la conciencia de sus sacerdotes y obligarles á abandonar la doctrina del Evangelio practicada hacia cincuenta años en su patria, y confirmada con el sello y firma de tantos personajes.» En esta época fué únicamente cuando el presunto autor de esta liturgia, el jesuita Lorenzo Nicolai, pasó de Bélgica á Suecia, y fué nombrado por Juan profesor de teología en Stockolmo. En Enero de 1577 obtuvo una señalada victoria en unas conferencias muy animadas que sostuvo contra los profesores Pedro Jone y Olaf Luth, sobre la autoridad y el poder de la Iglesia y el sacrificio de la Misa. La dieta que tuvo lugar muy poco tiempo despues, y el concilio nacional que dependia de ella, admitieron aquella liturgia. Animado el rey por estos felices sucesos, envió á Roma al canciller Fecht y al hábil Ponto de La Guardia, hombre de Estado y hombre de mundo á la vez, para que se entendiesen con el papa Gregorio XIII sobre la reunion de la Suecia á la Iglesia católica, con la condicion de obtener el cáliz para los fieles, el uso de la lengua nacional para el culto divino, el matrimonio de los sacerdotes, etc. Fecht se ahogó en la travesía. Gregorio XIII envió á Suecia en calidad de nuncio al jesuita Juan Antonio Posevino, que despues de muchas y formales conferencias recibió la abjuracion del rey Juan (1578). Convocada entónces una congregacion para dar su dictámen sobre las doce concesiones que solicitaba el rey, desechó algunas de ellas, suscitándose una viva lucha, alimentada especialmente por teólogos alemanes, sobre la admision ó no admision de la liturgia propuesta (*filoliturgistes, misoliturgistes*).



Durante su permanencia en Alemania, habia excitado el duque Cárlos á los principes protestantes á que se aliasen contra su hermano. Su jóven esposa, María, alemana de nacimiento y de religion luterana, se hizo en Suecia la protectora de los novadores. El mismo rey Juan se hallaba rodeado de intrigas. El hábil diplomático Ponto de La Guardia y Jacobo Typotio le excitaban á persistir en sus exigencias con Roma. La Santa Sede, en las instrucciones dadas á Posevino (1579), cuando volvió á Suecia, respondia á ellas con una noble firmeza: «Cuando hayamos hecho todo lo que está en nuestro poder para unir ese país á la Iglesia católica, si á Dios no le place que sea así, quedaremos justificados ante el Señor, y continuaremos viviendo sin haber obtenido lo que deseábamos, como nos sucede hace más de cuarenta años.» Juan reprodujo otra vez su tentativa, y las nuevas repulsas que recibió por parte de Roma le enfriaron en su celo por la Iglesia católica, á pesar de los esfuerzos de Posevino.

La muerte de la reina Catalina, ocurrida en 16 de Setiembre de 1583, desvaneció las últimas esperanzas de la restauracion de la Iglesia católica en Suecia, porque el rey Juan, olvidándose muy pronto de su piadosa y católica compañera, anunció á la Dieta de Westeraes su segundo matrimonio con la jóven Guneila Bjelke, que se declaró decididamente protectora del protestantismo en el reino. Poco tiempo despues de su matrimonio, se vieron los efectos de su influjo sobre su marido, que era influido por otra parte por el célebre teólogo de Rostock, Chytraeo. Es verdad que el rey mantuvo su liturgia, y que aún entró por causa de ella en lucha abierta con su hermano el duque Cárlos; pero por lo demas, nada hizo nuevo por la Iglesia católica (m. 1592).

Su hijo y sucesor Segismundo III habia sido elegido rey de Polonia á la muerte de Estéban Bathory, como último vástago de los Jagellones, y se habia hecho estimar de sus vasallos. Educado por la extremada solicitud de su madre en la religion católica, permaneció fiel á ella, sirviéndola con una sincera y firme convicción; de manera que, cuando despues de la

muerte de su madre le pidieron los senadores como garantía de su sucesion al trono, que reconociese la confesion de Augsburgo, les respondió: «No estimo bastante el poder temporal para cambiarlo por el del cielo.» Muy pronto ganó todos los corazones polacos. Interin regresaba á Suecia, habia sido nombrado administrador del reino su tio el duque Cárlos, el cual supo aprovecharse del interregno para abrirse el camino del trono por medio del protestantismo. Convocó resueltamente en Upsal un congreso nacional, formado de eclesiásticos y de los Estados del reino y de las provincias (25 de Febrero de 1593), diciendo «que los suecos no debian ya, como los papistas, no tener otros concilios que los que se componian de personas rapadas y untadas (son sus palabras) con aceite.» Los obispos, serviles y tímidos ante el poder, reconocieron públicamente y de una manera completamente ridícula, que habian faltado adoptando la liturgia del rey Juan. El concilio desechó los pretendidos abusos del catolicismo, adoptó la confesion de Augsburgo, excluyó de la predicacion y de la enseñanza en las escuelas católicas á todo el que no prestase juramento á la confesion luterana, y terminó su sesion con esta exclamacion triunfante: «¡En adelante la Suecia no tendrá más que un corazón y un Dios!» á la cual añadió Cárlos con tono imperioso: «Segismundo no será rey si no suscribe á estas condiciones.»

En efecto, habiendo vuelto Segismundo para tomar posesion del trono de su padre, dió muy pronto, por su marcada benevolencia por el catolicismo, motivo al clero luterano, conjurado con el duque Cárlos, para indisponer al pueblo contra su rey. La presencia del nuncio Malespina, que acompañaba á Segismundo, dió lugar á los más indignos ataques. Muy pronto, en su celo intolerante y fanático, llegaron hasta negar al rey el ejercicio público del culto católico. Erico Schepper, predicante luterano en Stockolmo, habló violentamente en el púlpito contra la sepultura solemne que se le habia concedido á un polaco católico, y para castigar á Stockolmo de este sacrilegio, puso en entredicho á la ciudad. Las pérfidas intrigas y continuas tramas del duque Cárlos, no per-